



# A las puertas del templo

## El Tomate Parlanchín

Cuando estuvieron a una distancia prudente, el hombre que les servía de guía, con un gesto ceremonioso, inclinó una rodilla en el suelo y bajo la cabeza en reverencia, con la mano indicó a Pichín que hiciera lo mismo.

La figura humana que se encontraba al fondo de la estancia, se puso de pie y dio un paso al frente dejando ver a una bella y fuerte mujer ataviada con una peculiar vestimenta sujeta en ocasiones por adornos dorados, de su cuello pendían varias gargantillas de oro y en ambos brazos se ajustaban unos brazaletes también de oro

con piedras preciosas engarzadas. Tomó en su mano un báculo de roja madera, rematado con un signo circular de dorado metal, a modo de emblema, y se acercó a Sundi que había permanecido erguido, le miró fijamente y con un movimiento de cabeza señaló que le siguieran hacia una sala contigua repleta de cortinajes y en cuyo centro se encontraba una mesa redonda de mármol blanco.

Los cuatro tomaron asiento en unas tarimas también de mármol, y la bella mujer comenzó a hablar con Sundi en una lengua que al parecer este entendía bastante bien. Al poco de iniciar la conversación, Sundi señaló que precisaba informar y traducir a su acompañante lo que se estaba tratando, Pichín sintió alivio puesto que se encontraba expectante e intrigado por los acontecimientos, y en especial admirado de la energía y poder, que en apariencia, acumulaba la dama.

- *Liena, ser como llamarse esta sacerdotisa, una de las cinco que dirigen otros tantos templos, la Reina estar en el principal de nombre ATIMON, son las que gobiernan.*

Informó a Pichín y continuó:

- *Preguntar qué hacer tú junto mí y para que venir.*

- *Diles que soy tu siervo, que somos investigadores pacíficos y queremos conocer a la Reina.*

Sundi siguió dialogando con la sacerdotisa, en el tono se percibía cierta expectación y recelo mutuo, pero el aborigen despertaba un manifiesto e inquietante interés en aquella mujer.

La conversación se interrumpió cuando entraron tres hombres con actitud disciplinada, portando unas cestas con abundantes y variadas frutas, que depositaron sobre la mesa, retirándose después haciendo ligeras reverencias por donde habían aparecido.

Liena, cogió una manzana y extendiendo la mano abierta, en ademán cortés, les invitó a que eligieran alguna fruta, curiosamente el guía que todo el tiempo había permanecido en silencio y expectante no hizo gesto alguno para tomar nada, hasta que de forma clara la sacerdotisa se lo aprobó, este detalle tampoco le pasó desapercibido a Pichín que estaba comprobando



la sumisión de los varones hacia la mujer.

Siguieron conversando y en un momento dado Sundi dirigiéndose a Pichín le aclaró:

- *Decir la sacerdotisa que preparar un aposento para dormir y mañana acordar visita al templo de ATIMON para verse con la Reina.*

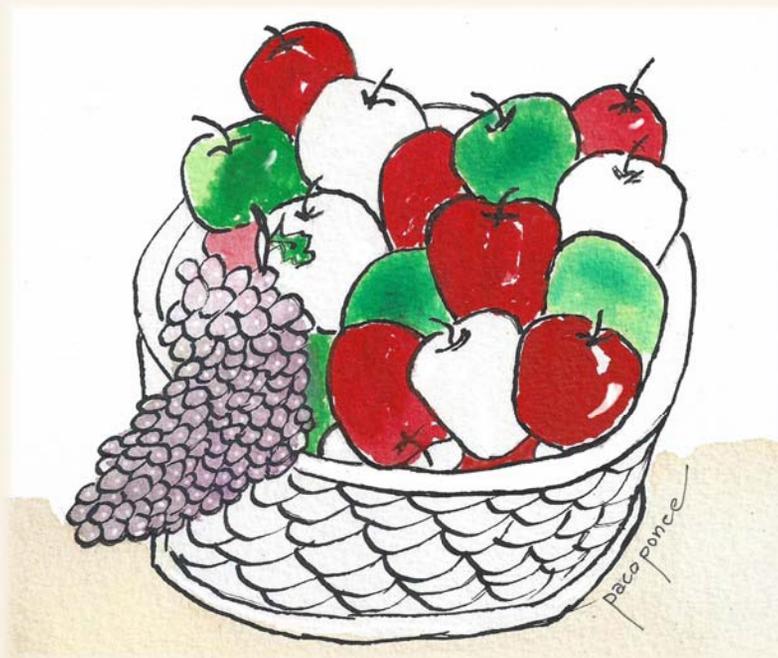
Más tarde la mujer seguida del guía salió de la estancia, nuestros amigos por primera vez desde que llegaron, tenían la oportunidad de estar a solas y poder hablar de los últimos acontecimientos, si bien en sus miradas se podía leer la satisfacción por haber conseguido llegar a aquella ciudad y saber que al día siguiente entrarían al templo que venían buscando en su larga aventura, que esté era real, y que a juzgar por los adornos de la sacerdotisa los tesoros debían existir, pero aquel mundo era un tanto enigmático, los hombres habían aclamado a Sundi como una divinidad, pero la mujer mucho más fría, le trató solo con diplomacia. Muchas eran las dudas que se abrían ante ellos, pero debían esperar.

Unas pisadas les advirtieron que alguien se acercaba y vieron aparecer al guía de nuevo, quien dirigiéndose a Sundi en tono ceremonioso le dijo:

- *Tú para los hombres ser ¡Zakurma!... seguirme.*

Fueron conducidos por largos pasillos hasta una estancia amplia donde habían dispuesto lo necesario para pasar la noche, el guía les informó que vendría a recogerles al amanecer.

Una vez en el aposento, se dedicaron a inspeccionarlo, comprobaron que tenía varias



puertas cerradas y por el aspecto semicircular pensaron que podían estar en la parte alta del edificio, posiblemente en un punto extremo de la cúpula, se asomaron por unos boquetes redondos a modo de ventanas que tenían una verja de hierro por la parte exterior, y pudieron ver en la plaza la misma multitud de hombres que les habían seguido aclamándoles desde su llegada, hacían corrillos y hablaban entre ellos al tiempo que alguno señalaba hacia donde estaba su aposento.

Por unos momentos Pichín se sintió prisionero y le invadió una ansiedad extraña, que se suavizó cuando echó mano a la pequeña bolsa de cuero donde guardaba las pepitas mágicas que le dieran en su día las Nereidas, y de forma disimulada trató de cerciorarse de que seguía teniendo todavía cinco, de las seis que le concedieron.

Pichín no pudo evitar la penosa evocación de la cara rígida y nívea de Isabella y de cómo tuvo

necesidad de sacar de su pequeña bolsa una de sus seis pepitas y deslizarla sobre el rostro de la joven que permanecía inmóvil, hasta ver que la pepita se había disuelto y la chica descansaba tranquila..., luego la alegría que le produjo cuando el anciano "maestro", al amanecer gritó:

- *¡Pichín... Pichín, despierta!, las hierbas han hecho efecto, Isabella está mucho mejor, le desaparecieron las heridas y camina débil, pero camina por su pie.*

Una sonrisa nostálgica afloró a sus labios ante el recuerdo del feliz desenlace, y se durmió confiando que la luz del alba, en un nuevo amanecer, le depararía intensas vivencias en aquellas lejanas tierras.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

[info@franciscoponce.com](mailto:info@franciscoponce.com)

[www.franciscoponce.com](http://www.franciscoponce.com)